

# La UE, cuestión de supervivencia

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 17.01.10

La Unión Europea entra en una nueva etapa. Este paso es el resultado de un fracaso y de un éxito. El primero fue el rechazo por Francia y Holanda del proyecto de un texto muy cercano al concepto de Constitución. El segundo, el tratado de Lisboa, que, reducidas las ambiciones del texto no aceptado, recoge al menos su sustancia y con esta condición ha sido ya aprobado por todos los estados miembros. Es una rebaja, pero permite seguir adelante cuando la UE se ve enfrentada a un mundo cambiante en el cual corre el riesgo de verse reducida a un papel de segundo orden.

Como siempre, la andadura de la Europa comunitaria no es a saltos, ni siquiera a paso ligero. Pero va. Hay novedades no despreciables que en parte se encaminan a lo que con su habitual claridad expuso Jacques Delors: "Alcanzar un sistema institucional que permita una buena preparación de proyectos, un proceso claro de decisión y una buena ejecución".

Así de sencillo y, sin embargo, así de difícil. Porque lo nacional y lo comunitario se entrecruzan siempre, impidiendo ir con esta limpia, decidida voluntad hacia la eficacia de instituciones dotadas de la suficiente capacidad estructural, de toma de decisiones y de la disponibilidad ineludible de ponerlas en ejecución. Es como un destino que la UE no puede eludir que cuanto se hace para reforzarla casi siempre vaya acompañado de alguna nueva complicación.

Ocurre así en la más vistosa de las novedades con que la UE comienza el primer semestre de este año: la existencia de dos presidencias del Consejo Europeo.

La semestral, que corresponde por turno al jefe del Gobierno español, José Luis Rodríguez Zapatero, y la que el ex primer ministro belga Herman van Rompuy ha de cumplir durante dos años. Nace la Unión bicéfala. ¿Con paridad de poderes? La mayor permanencia en el mandato de Rompuy dará a su presidencia, ineludiblemente, un sentido institucional de mayor cualidad. Personificará mayormente la tendencia unitaria de la UE. La presidencia de Zapatero, por su parte, mantendrá la garantía del papel que corresponde a los estados miembros. Ambos tendrán la responsabilidad de crear un equilibrio, una viabilidad.

En este sentido, es buen comienzo la referencia de Zapatero a la famosa frase de Kissinger de que cuando tenía que entenderse con la UE no sabía a qué teléfono llamar. El presidente español dijo que desde ahora este teléfono será el de Van Rompuy. Algo parecido podría aplicarse a las relaciones internacionales, cuya dirección incumbirá a lady Ashton, con unas tres mil personas a su cargo, aunque el ministro correspondiente al Estado que ejerza la presidencia semestral tenga su respectivo papel.

Todo es cuestión de facilitar encajes, de abrir caminos, de relativizar y reafirmar al mismo tiempo. El trabajoso rompecabezas europeo. Inevitable, porque Europa es en sí misma, en su historia, el resultado de una repetida geometría variable. El prodigio de aquella mujer eslovena que en la televisión contó haber sido ciudadana de tres naciones distintas sin haberse movido nunca de su ciudad.

Se avanza, pero la sensación generalizada es que despacio y dejando al margen lo que se presenta como sustancial, o no: que los europeos se sientan verdaderamente tales. Que se consideren identificados como ciudadanos de la UE, movidos más por el "patriotismo constitucional" que por el nacional, como propone el pensador alemán Habermas. Es el traído y llevado problema de la identidad, sobre cuyos equívocos principios se creó -y se pretende avivar todavía, a veces- el mito del alma nacional, de la esencia nacional, en cuyo nombre tantos disparates y horrores se han cometido. Un aspecto sobre el cual la madurez o el declive de los europeos los lleva con frecuencia al escepticismo, la relativización o simplemente una ponderación razonable y crítica que no supone forzosamente fatalismo derrotista.

Europa ha llegado a un momento en que los estados nación y sus sucedáneos se perpetúan con los defectos y rémoras de un instrumento viejo, gastado y en demasiados casos depreciado por los excesos del partidismo, la corrupción y la desregulación de la economía de mercado global. Y la Unión Europea aparece como un útil no supletorio sino de posible instancia correctiva y de superación. En principio, su fin es crear un ámbito jurídico-político sin dogmatismos que garantice la libertad, los derechos fundamentales, el justo desarrollo económico, la protección social y una proyección adecuada en el marco de un mundo donde el crecimiento desbordante y sin demasiados miramientos respecto a los derechos humanos de China coincide con la tragedia de un país abandonado a la desesperanza como Haití.

En esta tesitura, teorizar sobre la realidad de la Unión Europea es un ejercicio intelectual en cierto modo aleatorio. Felipe González ha dicho

recientemente que "Europa no es una cuestión de valores, sino de intereses". Jorge Semprún indicó que "no es una unión altruista". Pero, según el ex ministro francés Jack Lang, "ser ciudadano de la UE es pertenecer a un sistema de civilización y de valores". Buscar definiciones no es obligado. Pero sí estructurar, poner al día la UE para que responda a las capacidades que indicó Delors de institucionalizar, decidir y ejecutar. Porque si en algo caben pocas dudas es en lo que dijeron el día 8 en Madrid Van Rompuy, Zapatero y Durão Barroso: la UE es una cuestión de supervivencia.